

INDIGENISMO RADICAL EN HISPANOAMERICA

Con motivo del I Congreso Iberoamericano de Ciencia Política, realizado en septiembre pasado, desarrollamos la tesis de que el indigenismo radical era uno de los productos del deshielo de las ideologías: el acento estaba puesto no en las grandes construcciones teóricas, sino en las demandas sectoriales. El indigenismo ocupaba el mismo espacio social —no partidista— de los grupos de derechos humanos, los ecologistas, los marginales sexuales y, en Europa, de los pacifistas. Así, reaparecían las ideas del socialismo, tales como la permisividad moral, el estatismo o el rechazo de la economía libre. Más allá del indigenismo histórico, este nuevo indigenismo, revitalizado con los 500 años, busca la total ruptura del orden existente.

Aunque todavía no adquiriera total coherencia, posee una gran disciplina orgánica y entrega el mismo mensaje desde Canadá a Chile, o desde Rusia a Groenlandia. En su interior se manifiestan diversos elementos: el marxismo, la teología de la liberación, los aportes de las ciencias sociales, y las tesis de los organismos internacionales sobre diversidad cultural. Las peticiones son idénticas: reivindicación territorial y soberanía, propia o compartida; conservación de sus formas de vida y representación; devolución de las tierras comunales en disputa, y bilingüismo.

I. UNA VISION MANIQUEA

Su premisa fundamental es que el mundo americano fue pervertido por la llegada de los españoles. De acuerdo a esta visión, el mundo precolumbino contenía semillas de bondad en las cuales se encontraban intactas la pureza y la felicidad. Su orígenes están en la crítica que la Ilustración hizo de las monarquías de los siglos XVII y XVIII. En ella se alabó la idea del "Buen Salvaje". Para sus teóricos, la ausencia de malicia y de propiedad privada ponían en acción una inocencia natural no contaminada con las degeneraciones de la religión y la civilización. El vestido, por ejemplo, era el producto de la malicia de la sociedad. Montaigne, Diderot o Rousseau lo dicen. La misma tesis, remozada, se postula hoy: las creencias, leyes y convenciones serían instrumentos corruptores de la sabiduría existencial de estos pueblos. Ello alimenta el anticristianismo de sus perspectivas religiosas. Una de ellas presenta su religiosidad en términos de vitalidad cultural, de resistencia e identidad. Reconoce el chamanismo, el espiritismo y reconsidera el paganismo

precolombino. En Chile, por ejemplo, los nguillatún encabezan cualquier acto reivindicativo y su líder reconoce ser panteísta. Otra corriente acepta las deformaciones de la teología de la liberación. Chiapas es el caso. Su obispo, Samuel Ruiz, adhiere a esta tendencia. En agosto de 1993 elevó un documento al Papa criticando las políticas neoliberales en México. En la actualidad es el mediador ante el Gobierno por petición de los rebeldes. No por casualidad el EZLN recibió el apoyo de Leonardo Boff, otro teólogo de la liberación, diciendo que era producto de la opresión registrada sobre los grupos indígenas, los negros y los oprimidos.

En los 60, tras el Concilio Vaticano II, la teología de la liberación adoptó en Brasil un ideal comunitario tribal. Este criticaba la estructura y dogmas de la Iglesia. Veían en los indígenas un modelo de sociedad y de almas, pero iban más allá y veían en la simplicidad de la estructura social una alternativa a la sociedad de clases. La nueva religión, horizontal, despojada de dogmas, de vida sobrenatural, de jerarquías, resultaba así pretexto para promover una religión sociológica, con una inocencia natural libre del pecado pero también —como decían los enciclopedistas— libre de las estructuras sociales, las normas, la propiedad privada. Todo como paso o antecedente al socialismo marxista. La religiosidad contestataria se traduce además en la identificación con la naturaleza. Boff habla de la "sensibilidad ecológica" de las "poblaciones originarias". La naturaleza no se puede tocar porque se destruye su identidad y espiritualidad. Es como decir "entorno virgen, felicidad natural, ausencia de pecado". Es fundamentalismo puro, que no admite cambios ni dominio sobre la materia; y si no lo admite frente a los seres inferiores de la Creación, menos respecto de la producción agraria y artesanal, rechazando el mercado y la economía libre.

Un último aspecto es su carácter rupturista. El Indigenismo Radical quiere el poder político y dividir el territorio sobre criterios raciales e ignorar los cambios, el mestizaje, la inmigración y la conquista. Desde fines de los 70 fluctúa entre la tentación revolucionaria (Nicaragua, maoísmo, Fidel Castro) y los modelos negociados como las autonomías en España o los casos finlandés y noruego. Sus publicistas, partiendo del marxismo, están a medio camino entre la ideología derruida y las posturas ecologistas, New Age e inconformista. En el caso chileno, sus promotores —que han creado su bandera— afirman: "Nos encaminamos al poder. Ya hemos superado ese concepto de reivindicación económica y social". "El poder debe ser compartido... Esa es la meta a largo plazo".

II. ¿UNA IDEOLOGÍA PARA LA POSMODERNIDAD?

Hasta antes de Chiapas, los elementos marxistas se habían relegado en favor del ecologismo, pero el lenguaje de los "comandantes" muestra que el marxismo ha vuelto a pivotar parte fundamental de su discurso y de su estructura paramilitar; ello hace preciso nuevas evaluaciones. Hay países donde en vez de hablar del poder político, se sugiere clausurar el contacto (corruptor) con los indígenas. Se acusa tanto al alcohol, las leyes o al agricultor criollo, como a la televisión o la radio, de destruir su identidad.

Ahora bien, salvo Chiapas, predomina la búsqueda de cuotas de poder. En Bolivia hay un territorio autónomo y un vicepresidente indígena. El movimiento, en todo caso, no es espontáneo ni popular: se vio en Chiapas, donde los supuestos beneficiarios manifestaron más que nada indiferencia. Sus acciones son resoluciones específicas tomadas con antelación. En 1990 el Congreso de Movimientos de Indios Sudamericanos (Cuzco, Perú) acordó que la filosofía del indigenismo era el colectivismo. Un año antes, el primer Encuentro Latinoamericano de Organizaciones Campesino-Indígenas (Bogotá, Colombia) delimitó la "Campaña Continental de Resistencia Indígena y Popular" y estableció cinco coordinaciones regionales (México, Guatemala, Cuba, Ecuador y Brasil); otra reunión postuló a Rigoberta Menchu al Nobel de la Paz, etc.

Chiapas resume estas influencias en medio de un discurso que recuerda la teología de la liberación y el maofismo, cuyos comunicados se lanzan en maya e inglés, y en que la acción armada se disuelve en negociaciones. Es el escenario del posmodernismo. En Chile, también el indigenismo radical juega dentro de una nebulosa plataforma de derechos humanos, ecologismo, incormformismo juvenil y economía alternativa, que le permite abrirse a otros interlocutores, a pesar de sus intenciones asistemáticas.

CRISTIÁN GARAY VERA*

*Profesor investigador del Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile.